CAPITULO 6 SUB-CULTURAS JUVENILES

En primer lugar aclaro qué se entiende por sub-cultura. El término hace referencia a algo que pertenece a una cultura general de la sociedad. La cultura de un grupo o clase es el modo de vida peculiar y distintivo de ese grupo o clase. La cultura incluye los mapas de significados que hacen que la realidad sea inteligible para sus miembros. Estos mapas son objetivados en los esquemas de la organización social. La cultura es el modo en que las relaciones sociales de un grupo se estructuran y configuran.

Un individuo que nace en el seno de un conjunto particular de instituciones y relaciones sociales, nace al mismo tiempo en una peculiar configuración de significados, que le dan acceso y lo sitúan en el seno de una cultura.

Del mismo modo que las clases y los diferentes grupos sociales están desigualmente situados unos con respecto a otros, en términos de sus relaciones de producción, riqueza y poder, otro tanto sucede con las culturas, las cuales se encuentran en oposición unas con otras, en relaciones de subordinación y dominación, a lo largo de una escala de poder cultural.

La cultura dominante de una sociedad compleja nunca es una estructura homogénea. Refleja distintos intereses en el seno de la clase dominante. En las sociedades modernas las principales configuraciones sociales a menudo están mediadas por las culturas de clase. Las sub-culturas son subconjuntos dentro de redes culturales mayores. En primer lugar, debemos ver las sub-culturas en relación con las redes culturales de clase, de las cuales ellas son una parte distintiva. Cuando examinamos esta relación entre una sub-cultura y la cultura de la que forma parte, llamaremos a esta última cultura paterna, la cual no debe confundirse con la relación peculiar de los jóvenes con sus padres. Lo que se quiere afirmar es que la sub-cultura, aunque difiere en aspectos importantes de la cultura de la cual deriva, también comparte algunos elementos con la cultura paterna. A su vez, las sub-culturas deben analizarse con relación a la cultura dominante.

Algunas sub-culturas juveniles son rasgos persistentes y regulares de cultura de la clase paterna, vg., la mal afamada cultura delincuente de los adolescentes de la clase obrera. Algunas sub-culturas solo aparecen en un momento histórico determinado (*mods, rockers, teddies...*). Los miembros de una sub-cultura pueden andar, hablar, actuar, tener una apariencia distinta a la de sus padres, pero pertenecen al mismo tipo de familias, van a las mismas escuelas, trabajan en empleos similares, se desenvuelven en las mismas calles... Comparten la misma posición y experiencias que determinan la vida que su cultura paterna, aunque la manera de vestir, las actividades, el ocio, pueden proyectar una distinta respuesta cultural o solución a los problemas a ellos planteados por su posición de clase social y por su experiencia.

Los términos hegemónico/corporativo, dominante/subordinado, son esenciales para el análisis de la cultura juvenil. La hegemonía funciona

esencialmente a través de la inserción de las clases subordinadas en las instituciones y estructuras clave que sustentan el poder y la autoridad social del orden dominante. La hegemonía no es simplemente el gobierno de una clase. Requiere algún grado de consentimiento por parte de las clases subordinadas. El Estado es la principal fuerza educativa en este proceso. Por tanto, la hegemonía no puede darse por supuesta. La hegemonía nunca puede absorber total y absolutamente a la clase obrera en el orden dominante. La clase subordinada desarrolla su propia cultura corporativa, sus propias formas de relaciones sociales, sus instituciones características, valores y modos de vida.

En el caso de la cultura obrera, la escuela local es un ejemplo clásico de doble vinculación. Es en la escuela local, próxima a las casas, calles y tiendas donde generaciones de niños de clase obrera han sido educados. Sin embargo, en términos de relaciones verticales, la escuela mantiene tipos de aprendizaje, de disciplina, de relaciones de autoridad que están en discordancia con la cultura local.

Las relaciones entre la cultura subordinada y la dominante son siempre activas, oposicionales, en un sentido estructural, de oposición latente. La clase subordinada aporta a este teatro de lucha un repertorio de estrategias y respuestas.

La cultura de clase gana espacio simbólico y físico para la sub-cultura juvenil. Proporciona una estrategia para que la juventud pueda negociar su situación colectiva. No obstante, no hay solución sub-cultural para los problemas estructurales. La sub-cultura resuelve de un modo imaginario problemas que, en el ámbito material, permanecen sin resolver.

Las subculturas juveniles surgen de la intersección entre la cultura paterna y las instituciones intermedias de la cultura dominante -policía, escuela,...-. Muchas formas de resistencia de la cultura paterna son adoptadas y re-elaboradas por las sub-culturas juveniles. Generalmente la literatura sobre la sub-cultura juvenil apenas ha prestado atención al tema de la relación que esta guarda con la cultura paterna y, en cambio, ha sobre-enfatizado lo que hay de distintivo en el mundo de los jóvenes.

)Cuáles son los problemas de la generación joven de hoy en día?, y,)qué la diferencia de las generaciones jóvenes inmediatamente anteriores? La juventud de los ochenta se enfrenta a una configuración especial de problemas que convierte a su posición en la sociedad en una posición sin precedentes. Está creciendo en una sociedad en la que las principales instituciones -muy especialmente la escuela- han sufrido una considerable pérdida de legitimidad y apenas pueden conseguir la lealtad de la juventud (Ellis Cashmore, 1984). Las razones para preocuparse por destacar en la escuela son cada vez menos significativas. La generación de los ochenta está muy alejada del poder. Tiene pocas ambiciones, horizontes limitados, y escasas perspectivas de futuro.

Para los jóvenes de los ochenta el trabajo adquiere una especial valoración. El trabajo es algo inaccesible. Hay una suerte de fatalismo entre la juventud de los

barrios periféricos o semi-periféricos. El no tener trabajo y escasas posibilidades de conseguirlo es la característica fundamental de los jóvenes de los ochenta.

Tras la segunda guerra mundial el tema dominante con respecto a la cultura obrera era la idea de la afluencia. Este mito proporcionó el sustento ideológico de la hegemonía de posguerra. La gente joven del periodo anterior a 1960 accedía directamente al trabajo. La juventud era fundamentalmente un periodo transitorio, una fase previa al estatuto de adulto. Sin embargo, en la década de los sesenta -la famosa década prodigiosa- la situación cambia radicalmente. La juventud aparece como una etapa vital diferenciada de modo rotundo de la etapa adulta. Las personas que acceden a la mayoría de edad tras la posguerra son los hijos de la afluencia, del esplendor del estado del bienestar. El poder adquisitivo de la clase obrera se incrementa, hasta el punto de que algunos teóricos sociales proclaman el fin de la lucha de clases. El crecimiento salarial fue proporcionalmente más elevado para los jóvenes. Las sub-culturas juveniles obreras no podrían haber surgido sin ese incremento salarial. Paralelamente a este crecimiento salarial se desarrolla una esfera de consumo especialmente orientada hacia la juventud. Las nuevas industrias juveniles proporcionaron la materia prima para estas sub-culturas.

La juventud de los sesenta fue una juventud plenamente consciente de su consideración de no adultos. La gente joven alardeaba de la exclusividad derivada del hecho de ser joven, vestían de un modo distinto con el objeto de destacar que eran diferentes a los demás ciudadanos. Eran los hijos de la época afluyente. No existían los terribles problemas de desempleo de hoy en día, y, por tanto, era fácil ser joven y tener dinero en el bolsillo. El hecho de ser un asalariado carecía de importancia frente al sobreenfasis en la posibilidad de poder adquirir una moto, discos, ir de copas,... Los jóvenes de clase obrera dejaron de imitar a sus padres. Los *teds* generaron una nueva visión del mundo, nuevos estándares a partir de los cuales juzgarse a sí mismos y a los demás. Los *teds* siempre pretendieron ser considerados como no respetables, como disidentes de la vida "normal". Eran plenamente conscientes de pertenecer a la clase obrera y sentían una fuerte necesidad de enfatizar esa realidad. Se alejaban de la influencia de la clase media. Los jóvenes se beneficiaron de la libertad que les suministraba su salario, el cual no era utilizado para estabilizar sus vidas comprando una casa, un coche, una lavadora automática... sino que se destinaba a la adquisición de ropas caras y a ir de pub en pub.

El término sub-cultura juvenil suele provocar una actitud despectiva. Las sub-culturas juveniles vendrían a ser una distorsión, o una caricatura de la cultura adulta. Frente a la responsabilidad, frugalidad, visión a largo plazo del mundo adulto se levantaría el mundo de los jóvenes como un mundo caracterizado justamente por los valores contrarios: hedonismo, irresponsabilidad, falta de madurez... Para el estructural-funcionalismo, la juventud es simplemente una fase transitoria, una enfermedad que se cura con el tiempo. Y lo que es peor, se habla de la sub-cultura juvenil, más que de sub-culturas, en plural, como si los factores clase social, género o etnia no jugasen un papel plurificador en las sub-culturas juveniles.

El interés por el estudio sociológico de la juventud se remonta a la década de los veinte de este siglo. Los años de Depresión significaron una nueva percepción de la juventud. Una juventud en desempleo era un área de preocupación social, en particular la juventud de los barrios obreros. La universidad de Chicago se convirtió en un centro de investigación sobre la juventud urbana y los estilos de vida de la clase obrera. Trasher (1927) realizó un monumental estudio sobre las bandas juveniles de Chicago. Contempló la existencia de estas bandas como síntoma de la desorganización social de los barrios bajos. En 1934 la *American Sociological Association* organizó una conferencia sobre la investigación referida a la sociología de la juventud. Los jóvenes manejaban simplemente los valores opuestos a los del mundo adulto: consumo, ocio hedonístico e irresponsabilidad.

Bajo la batuta de Cooley, Mead y Thomas (posiblemente los tres sociólogos más destacados de la Escuela de Chicago) la investigación social se convirtió en una mezcla de documentación urbana, reformismo social e investigación empírica basada en las entrevistas. El modelo de Chicago estaba basado en la ecología de las plantas adaptada a la vida urbana. Los seres humanos, como las plantas, conviven en un estado de simbiosis, con diferentes especies que viven en el mismo hábitat. La tarea del científico social era hallar un equilibrio ordenado, mutuamente ventajoso conocido en la vida de las plantas como equilibrio biótico, cuya presencia se postulaba en la vida urbana. Lo que se reconocía era que los barrios bajos tenían su propias estructuras sociales con normas específicas de comportamiento, aunque estas normas eran analizadas en el contexto de los valores de la clase media.

Las aportaciones novedosas de la escuela de Chicago fueron las siguientes:

- * La sociedad urbana está constituida no por una sola cultura, sino por varias sub-culturas.
- * La sociedad urbana no es un todo monolítico, sino que contiene diferentes colectivos.
- * En un reducido espacio geográfico -la urbe- conviven diferentes estratos sociales con desigual nivel de renta.
- * Es posible la movilidad social del individuo.
- * La desigualdad social permite que haya individuos desintegrados.
- * La ciudad padece elevados índices de criminalidad y ofrece una amplia variedad de comportamientos considerados desviados: alcoholismo, drogadicción, prostitución, homosexualidad, vandalismo...
- * Los individuos que manifiestan el mismo tipo de conducta desviada tienden a agruparse en diferentes zonas del espacio urbano (vg., barrios chinos)
- * La extensión física de la ciudad conlleva el aumento de número de ciudadanos, lo que eleva la importancia simbólica y económica del centro -o centros- comercial.

El modelo de la ecología social fue adoptado por aquellos estudiosos interesados en el tema de la organización social de los grupos que viven en las calles, tal es el caso de Whyte (1943) cuyo estudio referido a la vida en los

suburbios destacaba los aspectos no delictivos de la vida de los chicos de la calle. La calle es el patio de recreo para los chicos de clase obrera. La calle está llena de gente, es un lugar lleno de emociones y es un lugar peligroso. Lamentablemente apenas se ha estudiado la vida en las calles desde la sociología de la educación. La calle es un lugar de encuentro y representa la única posibilidad de que los chicos de reúnan y hablen de sus asuntos. Desde aquí se puede conocer a más gente y es posible adentrarse en el mundo de los adultos.

Estar en la calle llega a ser aburrido. No es extraño que se busque la emoción en cualquier acontecimiento o que se busquen situaciones semi-mágicas similares a las de una película de terror.

[En un grupo de discusión]

Juan (...) te voy a contar la historia [risas]. Resulta que íbamos todos por el cementerio, ¿no?... y para llegar antes nos metimos por el cementerio. Pues, entonces, íbamos, yo, bueno, íbamos bastante gente, en total íbamos nueve, seis tíos y tres tías. (A qué poco tocábamos! [Risas]. En esos momentos... pues... empezamos a entretenernos, a no sé qué y cosas de esas, ¿no? y ya cerraron el cementerio y nos quedamos allí atrapados, y resulta que después cuando salimos, venía un coche de estos que... que vigilan el cementerio ¿no?, íbamos armando bulla, cantando y toda la polla, y sale un tío: (Vamos! Todos al suelo! Y todos tirados ahí [risas]. (Qué marrón más raro! Después estuvieron ahí pillándonos el nombre y toda la polla y se pusieron: ahora mismo derechos para comisaría. Llamaron a casa a nuestros viejos. (Una movida! Porque decían que en el cementerio robaban tumbas... a lo mejor había algo de valor y se lo llevaban. También nos contaron unas historias de unos maderos que habían visto colgado a un tío, pero no sé qué rollo... pero un tío colgado de un árbol,... pero muerto.

Pablo)Y os quedasteis dentro?

José)De noche?

Juan (Joder! Ya te digo. Íbamos con un jiñe. Cuando vinieron me dije, (hostia! Aquí hay un lío, pero íbamos más felices que nada, pero cuando me vi a mi viejo por la puerta se me quitó la felicidad.

En los años cuarenta aparece una sólida interpretación gracias a la investigación de Hollingshead (1949) sobre la juventud de "Elmtown". Su objetivo era determinar hasta qué punto el comportamiento de los adolescentes de la ciudad era atribuible a su maduración individual o a su experiencia social. Para él la posición de clase era el principal determinante, no solo del comportamiento social de los adolescentes sino también de su conciencia social.

Tras la segunda guerra mundial este tipo de análisis como el efectuado por Hollingshead se desvaneció. Estados Unidos estaba interesado en proporcionar una imagen de su propia sociedad como una democracia pluralista basada en la opción individual y en la competición abierta por el poder. Parsons se centraba en el papel de cohesión de la conformidad con las normas del grupo. Ahora la juventud era conformista. Los adolescentes americanos, según estos estudios, carecían de autonomía, eran obedientes a sus padres, sus maestros,...

La imagen del adolescente estaba íntimamente vinculada con la de la sociedad de consumo. En los años cincuenta existía un nuevo grupo de consumo que requería nuevas técnicas basadas en un análisis de sus hábitos, sus ideas y su modo de pensar. La idea que se manejaba era la de una juventud monolítica, al margen de la estructura de clases, homogeneizada por los medios de comunicación de masas, siendo la música pop y rock el principal elemento eliminador de diferencias. Sin embargo, los datos empíricos (Coleman, 1961) mostraban que los gustos musicales tendían a seguir las divisiones sociales existentes. A pesar del hecho de que Elvis Presley -el Elvis de la época de Memphis, claro está- había sido elevado a la categoría de encarnación de los valores culturales juveniles referidos a la sexualidad, el hedonismo y el antagonismo a la autoridad adulta, solo una quinta parte de la muestra que aparece en el estudio de Coleman de 1961 lo consideraba su cantante favorito. La mayoría se inclinaba por Pat Boone, cuyo estilo sí gozaba de la aprobación del mundo adulto. Un análisis más detallado mostraba que había una clara conexión entre las preferencias musicales y la pertenencia de clase. El rock-and-roll de Elvis era prácticamente algo que solo gustaba a los chicos de clase obrera.

Musgrove (1964) proporcionó una interpretación más novedosa sobre la juventud. A medida que el capitalismo se desarrolla, la juventud es desplazada de la esfera de la producción, excluida de las posiciones de estatus y responsabilidad y encerrada en el mundo de las preocupaciones juveniles. Consecuentemente, su poder con respecto a los adultos ha sido erosionado hasta el punto de que se encuentra en una posición de casi total dependencia y de subordinación a la autoridad adulta, con el resultado de que constituye una clase social, una clase relativamente independiente del sistema de estratificación de los adultos.

Esta idea del grupo de amigos adolescentes como grupo opuesto a la autoridad de los adultos encontró su expresión típica en la imagen de los delincuentes callejeros. Esta imagen popular de las bandas como grupos que existen al margen del orden social dominante halló también su expresión en la sociología (Trasher, 1927). El principal punto de partida para el desarrollo de un análisis de clase de la juventud proviene de Cohen (1955) El análisis de Cohen está enraizado en la convicción de que el sistema educativo opera fundamentalmente para reproducir la estructura de clases dominante y que, por tanto, las escuelas proporcionan uno de los medios principales a través de los cuales las desigualdades de clase son mediadas en la experiencia cotidiana de los adolescentes. Como resultado, la mayor parte de los adolescentes de clase obrera se encuentran en desventaja en el seno del sistema educativo. Enfrentados a esta situación se apartan de los rituales y valores de la escuela y se orientan hacia las actividades relacionadas con el ocio. Llegan a crear una sub-cultura del ocio autónoma. A partir de aquí el ocio, la diversión inmediata y el desafío a la autoridad reemplazan al trabajo, a la conformidad con las rutinas y a la subordinación a los demandas adultas. Al centrarse en la experiencia de clase los análisis de Cohen suponen un paso adelante decisivo en el estudio de la juventud. No obstante, la investigación de Cohen cuenta con la seria deficiencia de desvincular la sub-cultura delincuente de la cultura dominante y de la cultura de la clase obrera.

En este sentido el estudio de Sugarman (1967) fue distinto. Sugarman partía de la obviedad de que el sistema educativo para todos no había erradicado las desigualdades de clase. Sugería que los alumnos -en general- nadaban entre dos culturas: la cultura de la escuela y la cultura de los jóvenes. En su modelo, los alumnos que fracasan, los cuales son mayoritariamente de la clase obrera, responden rechazando la cultura escolar y se orientan hacia la cultura juvenil. En consecuencia, Sugarman elabora una teoría de la cultura juvenil como una cultura propia de la clase obrera sin aspiraciones de movilidad social.

De acuerdo con Hargreaves (1967) la cultura juvenil no se puede identificar simplemente con la cultura del ocio. Más bien emerge de una compleja amalgama de la edad y de la clase social. Además de su implicación en la música pop y en las modas, incluye actividades que giran en torno a la delincuencia y el vandalismo. Finalmente Hargreaves denomina a la cultura anti-escolar cultura delictiva.

Downes (1966), al igual que hizo Hargreaves, se concentra en el triángulo constituido por la cultura del barrio obrero, la cultura del ocio de los adolescentes y la sub-cultura delictiva. Para él, los chicos de clase obrera experimentan el trabajo escolar como una actividad tediosa. Por ello se concentran en vivir con intensidad su tiempo extra-escolar. El sistema hace la promesa de un fácil acceso a los bienes de consumo. La imposibilidad del cumplimiento de esa promesa provoca que los chicos de la calle se opongan tanto a la cultura de clase media como a la cultura de clase baja, y a partir de ahí quede expedito el camino hacia la cultura delictiva.

Hasta ahora solo hemos hablado de sub-culturas juveniles de clase obrera o de tipo delictivo o semi-delictivo y no hemos dicho nada sobre movimientos como los hippies y similares manifestaciones culturales. Con esto no quiero insinuar que no haya sub-culturas de clase media. Frente a las sub-culturas obreras, las cuales están articuladas en estructuras colectivas -bandas o cuasi-bandas- las contra-culturas -término más adecuado que el de sub-cultura- de clase media son más difusas, menos centradas en los grupos, más individualizadas. Las sub-culturas obreras reproducen una clara dicotomía entre aquellos aspectos de la vida grupal que aún se encuentran bajo el control de las instituciones dominantes o paternas (familia, hogar, escuela, trabajo) y aquellas que se centran en el tiempo exterior al trabajo -ocio, colegas, asociación. La contra-cultura difumina las distinciones entre el tiempo libre y el tiempo necesario. Tienden a construir enclaves en los intersticios de la cultura dominante. Las sub-culturas obreras se centran en actividades de ocio distintivas -calle, fútbol, barrio-. La juventud obrera está estructurada por el ritmo alternativo del sábado por la noche y el lunes por la mañana. Sin embargo, las contra-culturas adoptan una forma más política o ideológica.

Tanto las sub-culturas como las contra-culturas son contempladas como una crisis de autoridad por los guardianes morales de la cultura. La delincuencia de las primeras y la desafección de las segundas indican un debilitamiento de los lazos sociales.

Las contra-culturas se dirigen fundamentalmente contra aquellas instituciones que reproducen las relaciones ideológico-culturales dominantes -la familia, la educación, los medios de comunicación, el matrimonio, la división del trabajo...

La contra-cultura guarda estrecha relación con la cultura paterna. Las clases medias también se han visto afectadas por la creciente división del trabajo. El capitalismo ha generado el crecimiento del número de trabajadores de cuello blanco y de estratos directivos de nivel bajo, el surgimiento de nuevos profesionales, un aumento del número de funcionarios.

Frente a la tradicional clase media, la cual hacía hincapié en los valores típicos de la ética protestante, estas nuevas capas medias hacían gala de otro tipo de comportamiento (Bell, 1977). Lo que el capitalismo necesitaba ahora no era la frugalidad, sino el consumo, no las gratificaciones post-puestas, sino la satisfacción inmediata de las necesidades. Es en este contexto, donde surgen las contra-culturas como contestación al mundo adulto.